

Todo un Hombre: DR. FRANCISCO SOCA

Dra. Sylvia Puentes de Oyenard

Acrisolar la vida de TODO UN HOMBRE en la apretada síntesis de una reseña es tarea de enorme responsabilidad. Deberíamos aprisionar en el Verbo la identificación de una personalidad multifacética que se comprometió más que con su tiempo y lugar, con las proyecciones de una dignidad estoica que venció la mediocridad y supo dar forma a la idea en su experiencia vital.

Entre varios nombres de jerarquía relevante hemos elegido el de Francisco Soca, médico práctico, investigador, filósofo, forense, catedrático, escritor, académico y brillante orador que, desde distintos cargos, defendió los derechos y deberes de cada uno y de todos los hombres en el ejercicio de sus profesiones. Y lo hizo a través de la libertad y la justicia con los formidables instrumentos que brindan la inteligencia y la sensibilidad.

Francisco Soca fue dueño y artífice de su destino y bien pudo proclamar que no lo doblegaron apetitos personales o inquietudes de circunstancia; si hizo público su orgullo y creció en el eje de su yoidad, jamás retaceó esfuerzos a su profesión ni fue tentado por bienes materiales. Poseía, lo que él llamaba, "el supremo desdén del sobrio". Esencialmente fue TODO UN HOMBRE.

Nace en Canelones el 24 de julio de 1858. En su adolescencia siente afición por las letras y comienza Facultad de Derecho, carrera que luego abandona para cursar estudios de Medicina con maestros de la talla de Fermín Ferreira, Pugnolini, Serratos, Visca y Vilardebó, quienes lo llevan al encuentro de una identidad que ya no perdería en el transcurso de los años.

Con su tesis "Historia de un caso de ataxia" obtiene el título en Montevideo. Con una beca del Gobierno viaja a Europa y permanece cinco años en París. Allí, con inusitada valentía, golpea sobre sus conocimientos y recomienza la carrera de Medicina. Rasgo que avala los quilates de su espíritu que sólo apreciaba su título en el convencimiento personal del esfuerzo y las potencialidades. Comprendía que sobre la imparcialidad se imponen el Saber y la Competencia: "El Saber es la suprema imparcialidad; la Ignorancia es la parcialidad suprema".

La Patología Infantil lo entusiasma vivamente y publica cuatro trabajos sobre el tema, uno de los cuales, "Los soplos anorgánicos de la punta del corazón en el niño", su tesis parisina, lo vuelve a mostrar en la altivez de su pensamiento: "Soy el primero en presentar una solución seria y profunda a una cuestión que parecía insoluble."
(1886)

Pero no se arrellana en los límites de su prestigio en alza y, aunque atesora y venera las enseñanzas del Prof. Potain, "la figura más augusta de su tiempo en la medicina francesa", hay otro sol que lo tienta con sus rayos: es el de Charcot y la Escuela Neurológica de *La Salpêtrière*.

Y Soca, que no fue modesto ni sumiso, atisba la dimensión del genio y emprende una nueva etapa en la que prepara su brillante tesis sobre "La enfermedad de Friederich". Acerca de ese texto -nada menos que Pierre Marie- propone a la Academia de Medicina de París que se denomine "Ley de Soca" a la que el médico uruguayo enunciara allí sobre la incidencia de esta enfermedad en los miembros de una familia con antecedentes y que puede ser evaluada a través de la edad cronológica de sus integrantes.

No todo le fue fácil o conquistable al Dr. Soca y así, entre París y Montevideo, agobiado por el ambiente o quizás a pedido del Dr. Pugnolini (médico italiano, profesor de Cirugía de Soca, quien residió muchos años en Tacuarembó, donde también dirigió el segundo periódico que tuvo la villa), va a San Fructuoso, hoy Tacuarembó, donde ejerce durante un breve lapso como médico de la Policía.

Pero su temperamento franco, impetuoso, enérgico, implacable y ¿por qué no? a veces irascible, añora el estímulo intelectual del diálogo ácido y combativo, tan caro a su espíritu, se propone entonces la divisa de Le Dantec: "Vivir es luchar y luchar es vencer".

Con esta consigna persigue los fines más elevados siempre a través de la acción, pues para él el valor positivo de una idea estaba dado por la viabilidad de la misma y por la medida en que se practicara.

Es designado Profesor de Patología Médica y Dermatología de la Facultad de Medicina de Montevideo, Médico del Hospital Vilardebó, crea luego la Clínica de Niños de la que fuera Catedrático hasta que obtiene el mismo grado en la Clínica Médica del Hospital Maciel, cargo que ejerciera en las salas Argerich y San José hasta que la muerte lo convoca, en pleno uso de sus medios y facultades sicofísicas, el 29 de marzo de 1922. Allí se crea la Escuela Argerich.

La que en el decir del Dr. José M. Estapé, bien podría llamarse Escuela Soca, por la clara tendencia clínica que parecería expresarse en: "Las teorías pasan, los hechos quedan."

Soca manifestaba: "La medicina es una ciencia de acción, angustiosa, decisiva, fulminante"... "tensión brutal que hace casi estallar el cerebro" y "no consiente tregua, reposo ni respiro."

"La acción del médico es continua, implacable, inevitable, interminable, larga como la vida".

La medicina tiende a la vida, "quiere salvar todo lo que la guerra mata, quiere salvar al hombre sus sueños inmensos y sus inmensas esperanzas. Quiere más luz, más amor, más vida, que el pensamiento vuela hacia las alturas"...porque "la medicina es una inmensa afirmación", y el médico, "el sacerdote de la vida".

"Soy ante todo un médico", exclamaba. Pero no aquel que resuelve un diagnóstico como una ecuación matemática, sino el que penetra en el alma de sus enfermos con la seguridad de su ciencia y profundo respeto por el ser humano. Lo que más amó Soca del ejercicio de su profesión fue la posibilidad del apostolado. En el tablero de la vida no sólo dio jaque mate a la muerte, sino que respondió por la vida espiritual de sus pacientes, como un legítimo sacerdote. Si bien fue augusto como César, fue tan humano y misericordioso como el Santo de Asís. Su laurel de victoria estaba en "la mirada agradecida de su madre", su alegría en la atención de una miscelánea de enfermos de diversos círculos culturales y económicos que colmaban la capacidad de su sala de espera, y de los que jamás esperó retribuciones desmedidas ni desestimó

honorarios que consistían en una moneda “para que tomara un café o comprara un cigarro”. A medida que acrecentaba sus conocimientos se sentía más comprometido con la sociedad

Recordemos que Soca fue el primer sudamericano que integró al Academia de Medicina en París y en su discurso, al recibir el homenaje apuntan los dos elementos que mantienen enhiesta su imagen. Su humildad le dicta: “¿Por qué he llegado a la Academia, yo, modesto Profesor de una pequeña Facultad, de un pequeño país, lejano y casi desconocido?” Para luego enseñorearse en su respuesta: “Como han llegado todos a las cumbres: por la fuerza de las ideas y la presión sutil de las circunstancias, por la Lógica del Azar, por la convergencia feliz de las fuerzas humanas.” Y en su arrogancia, que no es vanidad, afirma: “No sería digno de esta hora, si no lo dijera con las más claras y enérgicas palabras. Mi lealtad sólo puede a las alturas que me llaman.

“...pero estoy seguro de haber merecido el honor que se me discierne...

“Formar almas, formar inteligencias, formar hombres y formar médicos.”

“¿Hay acaso obra más grande en los dominios del espíritu?”

El Gobierno de Francia lo condecora luego con la Legión de Honor.

Su ocio activo se lo entregó a la plástica, fue un experto conocedor de pintura, pero no olvidemos que su quehacer también se desarrolló en otras áreas: fue Diputado en más de una oportunidad. Senador, Consejero de Estado, Rector de la Universidad, Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente, integrante del Consejo de la Asistencia Pública Nacional y de la Comisión Financiera del Puerto de Montevideo, así como Vice-Presidente de la República.

Francisco Soca labró sin vacilaciones su arquetipo homérico, odiaba la lisonja fácil, aseguraba que sin sinceridad la medicina es casi una mala acción. Creía en los hechos más que en las teorías. Respetaba el trabajo creativo en todas sus manifestaciones porque él había sentido en su alma la convulsión del génesis. No toleraba la inercia, “los pasivos son tres veces despreciables”, decía, pues no tienen acción ni tienen pensamiento. “Los sabios mandan, los emprendedores obedecen”. Fue original, pero no excéntrico, respetó la tradición, pero más amó el progreso. “Los pueblos que se duermen en el arrullo de la tradición pueden despertarse en la esclavitud o en la ruina”. Como Maestro ejerció su docencia al lado del enfermo, en estrecho diálogo con éste y basado en una minuciosa revisión semiológica.. Método y razonamiento prestigiaron sus lecciones. Rigor y disciplina formaron a sus discípulos. Su humanismo fue el pilar del reconocimiento de sus pacientes. “El día que mis enfermos extrañen la visita de su Médico, ese día el Dr. Soca habrá muerto.”

Proféticas palabras de quien partió de la vida con la misma filosofía que animó su lucha. Quizás porque había pedido, “Templemos nuestra voluntad para todas las luchas y el alma para todos los dolores, al fin hallaremos la única Dicha, grande y definitiva que hay en el mundo: la dicha de sentirse fuerte y hombre. “TODO UN HOMBRE”.

